

GÉNERO E IDENTIDADES EN TRÁNSITO. Cubanas en diferentes contextos sociales

NORMA VASALLO BARRUETA *

Abstract

This article analyzes the transformation of gender and identity of Cuban women in different social contexts, grandmothers born in the 1930s, the mother-daughters of those grandmothers born in the 1950s, the grandchildren of those grandmothers born in the 1970s and the girls and adolescents of the 1990s. The article seeks to answer the question, what has happened in their gender identities since the Cuban Revolution of 1959? The results show that women in the most recent generation feel good being women, if they were to be reborn they would be reborn as women and despite everything they feel great satisfaction in the possibility of being a mother, a satisfaction not accessible to men.

Keys words: Generate, Identities, Cubans, Travel, Social.

Resumen

En el artículo se hace un análisis de Género e identidad en tránsito de la mujer cubana en diferentes contextos sociales, las abuelas nacidas en los años 30, las madres hijas de las abuelas nacidas en los años 50, las nietas de las abuelas nacidas en los años 70 y las niñas y adolescentes de inicios de los 90. Orientado por la pregunta ¿Qué ha ocurrido en sus identidades de género? a partir de la revolución Cubana de 1959. Se concluye que las muchachas de la última generación estudiada se sienten bien siendo mujeres, si volvieran a nacer quisieran ser mujeres nuevamente y a pesar de todo lo anterior consideran que la mayor satisfacción que produce a esa condición es la posibilidad de ser madre, que le esta vedada al hombre.

Palabras clave: Género, Identidades, Cubanas, Tránsito, Sociales.

* Especialista en Psicología social y comunitaria. Actualmente, Presidenta de la Cátedra de la Mujer en la Universidad de La Habana, Cuba. **Dirección del autor:** nvasallo@psico.uh.cu
Recibido, Agosto 17/2005. Revisión recibida, Septiembre 21/2005. Aceptado, Octubre 5/2005

GÉNERO E IDENTIDAD COMO CONSTRUCCIONES SUBJETIVAS

Cada vez con mayor intensidad las ciencias y en particular las sociales, esclarecen la necesidad de la perspectiva de Género para la comprensión más objetiva de la realidad de mujeres y hombres y de las relaciones que entre todos se producen.

Una mirada desde la Psicología como disciplina científica, permite apreciar que las personas nacen en un determinado contexto social (familiar) y se desarrollan en él o en otro (institucional) del que reciben un legado cultural e histórico lleno de realidades o símbolos que se expresan en tradiciones, costumbre, normas, valores, que van contribuyendo a construir en cada persona una representación de lo que se espera de ella.

El escenario en el que las personas se van desarrollando a lo largo de sus vidas va cambiando en la medida en que cambian sus realidades: crece y debe estudiar y asiste a diferentes escuelas, necesita trabajar y se emplea; su necesidad de relación (propio de los seres humanos) le lleva a establecer nuevas amistades y grupos de amigos/as. Todo este complejo entretrejo social va cambiando a lo largo de la vida de las personas y le va planteando diferentes exigencias en su devenir.

Cada etapa, cada momento nuevo en la vida de las personas no la encuentra como al nacer, sola con su herencia biológica, sino que ya es portadora de una subjetividad que ha ido construyendo en su relación con lo social (exigencias) y que se convierte en cada nuevo momento social, en mediatizadora de esa exigencia, posibilitándole o no recibirla activa o pasivamente, según pueda configurarse su subjetividad en cada momento previo.

Nuestra identidad de género, en su aspecto subjetivo, pasa por este proceso en su formación, de ahí que el contexto social, la condición de raza, clase, sexo y generación tengan particular significación en su construcción.

El género en el nivel individual es la subjetivación de las exigencias sociales, de raza y clase, tal y como las va construyendo la persona a partir de su cuerpo y sus experiencias, no siempre conscientes, en su historia. En este sentido el género tiene contenidos particulares para cada una/o y por tanto diversas significaciones, aún cuando además tienen elementos comunes.

En la relación con las personas, la comunidad de contenidos asignados/ asumidos al género que ellas portan se intercambia en las diversas maneras de comunicarse, construyendo un saber cotidiano que se constituye en Representación Social del Género, construido y compartido socialmente como toda Representación Social.

Este saber cotidiano de sentido común se expresa en la relación entre las personas que integran determinados grupos: familia, coetáneos escolares, grupos informales, comunidad, miembros de diferentes organizaciones e instituciones, constituyéndose en referentes que forman parte de las exigencias sociales a las personas que se integran a los mismos.

Es la continuidad de un proceso que contribuye a perpetuar los contenidos asignados socialmente al género, no sin sufrir los cambios que el contexto socio-histórico demande en cada período; a lo que se une además, las circunstancias de vida de cada persona. En tal sentido Fuller (1997) plantea que «la construcción del Género es producto y proceso de su representación». (p. 3)

Del Género como Representación Social compartida, que nos va llegando a través de diversas exigencias sociales, vamos tomando elementos, algunos de los cuales asumimos de manera más intensa convirtiéndose en parte esencial de nosotras/os como características propias o como objetivos a alcanzar. Es lo que nos identifica con otras personas en cómo somos y cómo queremos ser, expresándose en nuestros proyectos personales de vida y por supuesto en nuestra identidad individual.

Las definiciones atribuidas a los géneros contribuyen a la configuración de las identidades de cada una/o y entre ellas/os mismas/os.

Según Lagarde (1998), la relación entre subjetividad, identidad y condición histórica del sujeto, sustentan la identidad de género, considera asimismo, que ella se construye en la interacción con los otros, en su actividad vincular con todo lo que le rodea y en su accionar sobre si misma, privilegiando el espacio intersubjetivo en el análisis de la misma. Identidades asignadas y experiencias vividas son aspectos esenciales en su comprensión de la identidad genérica.

Cuando valoramos como elemento fundamental en la configuración de la identidad de género la condición histórica del sujeto, estamos reconociendo la diversidad de circunstancias, experiencias y vivencias que se pueden dar en la persona a lo largo de su vida y la multiplicidad de relaciones que puede establecer, de mayor o menor implicación personal para la misma; todo lo cual nos lleva al reconocimiento de la variedad de elementos que pueden estar presentes y reflejarse en la identidad del sujeto y también por supuesto, la diversidad de identidades que dentro de un mismo género podemos encontrar y que se expresa en su conducta en relación con los otros y consigo mismo. De lo anterior, es la importancia que concedemos al **contexto** en la formación de las identidades.

UN COMENTARIO NECESARIO

Hace nueve años, comencé una línea de investigación relacionada con el proceso de construcción de la Representación Social del Rol de la Mujer en la Sociedad, para ello concebí una parte del estudio en tres generaciones de mujeres, abuelas, madres e hijas, con lo cual pretendía a través de historias de vida, identificar los agentes socializadores con un rol protagónico en el mismo, así como los procesos socio-psicológicos que de manera privilegiada participaban en él, en cada una de las etapas del ciclo vital.

Una relectura hoy de aquella información, me permite acercarme a elementos de la identidad colectiva de las cubanas y a cómo ellas han ido transformándose a la par que continuándose, en un contexto de grandes transformaciones sociales para la mujer; pero donde la Cultura Patriarcal no muestra los mismos signos de cambio, ni en igual magnitud.

LAS ABUELAS, COMO MI MADRE, NACIDAS EN LOS AÑOS 30

Eran adultas al triunfo de la Revolución Cubana en 1959, habían constituido sus hogares y tenían hijos, al menos una hija, cuando este hecho ocurrió. ¿Cual era la situación de Cuba en estos momentos?

Habíamos alcanzado las tres conquistas fundamentales del movimiento feminista en el mundo: el derecho al voto, el acceso a todos los niveles de educación y el acceso al mercado de trabajo. También contábamos desde 1918 con la Ley del Divorcio y el aborto estaba despenalizado.

Sin embargo, todo eso formaba parte de la letra de las leyes porque en la práctica las mujeres se encontraban en situación de desigualdad en comparación con el hombre, por ejemplo:

- La mayor parte de los analfabetos eran mujeres
- Solo el 17% de la fuerza de trabajo era femenina y aunque había algunas profesionales, la mayor parte eran obreras, empleadas de servicio o domésticas (Álvarez y Cols, 2002).
- El acceso a la salud dependía de las posibilidades económicas de cada una por lo cual aunque el aborto estaba despenalizado, solo era accesible a quien contara con los recursos económicos para asistir a las clínicas donde se practicaban.

Las mujeres en sentido general se encontraban en condiciones de dependencia económica y social de los hombres, primero de sus padres y después de sus esposos.

¿Cómo consideran estas mujeres que son?, Como les dijeron sus padres que debían ser: dulces, atentas con todo el mundo, reservadas, obedientes, bien habladas.

Estas orientaciones las transmitía la madre en forma de normas estrictas que no admitían cuestionamiento. Por detrás, la figura del padre aparecía como el artífice de las regulaciones y principal censor de su cumplimiento y de la manera en que era exigido y controlado por la madre.

No veían la sexualidad con naturalidad porque alrededor de ella había un velo de temor y pecado, ella tendría solo su expresión en el matrimonio, único proyecto personal de vida al que tenían derecho estas mujeres y el espacio legítimo para descubrir y vivir la sexualidad.

Estas mujeres están identificadas acríticamente con sus roles de ama de casa y madre, que aprenden desde edades tempranas a través de los juegos, fundamentalmente de las casitas y con otras niñas. Este hecho hace que consideren su transmisión a las hijas y nietas, una importante misión dentro de sus funciones como educadora de la familia.

Lo anterior fue condicionado también por la escuela, donde niños y niñas eran separados espacialmente para que recibieran clases diferentes que formaban habilidades propias para cada sexo: coser, bordar, cocinar, las niñas, lo que las ubicaba en el espacio privado y carpintería, albañilería, labores agrícolas los niños, es decir relativas al espacio público.

Estamos hablando de una clara identificación desde edades tempranas con el rol de ama de casa–madre, a partir de la influencia educativa que reciben en el hogar y la escuela. Las abuelas solo reconocen en ellas habilidades relacionadas con la realización de tareas domésticas.

La Representación Social del matrimonio y de su rol en el mismo se encuentran estrechamente vinculados, el matrimonio es para ellas contar con su espacio propio, su casa, tener una familia, es decir, esposo e hijos y en correspondencia con todas estas «adquisiciones», ella debe *«atender bien las tareas de su casa, luchar por sus hijos, educarlos bien, atender a su esposo y serle fiel»*. Hogar y familia es para las abuelas camino y destino al mismo tiempo en su único viaje.

Las abuelas se reconocen con cualidades maternas aprendidas por sí mismas. La maternidad constituye para estas mujeres un aspecto de significación emocional no comparable con otros acontecimientos de su vidas y esto se expresa en la voluntad de subordinarlo todo, lo material y lo espiritual, incluyendo cualquier aspiración de realización personal, al bienestar de los

hijos; así podemos observar expresiones como: «*para mi no quería nada, sólo para mis hijos*».

MADRE–AMA DE CASA ESPOSA PARECE EL EJE CENTRAL DE LA IDENTIDAD DE LAS MUJERES DE ESTA GENERACIÓN

¿Qué significó el triunfo de la Revolución de 1959 para ellas?: El inicio de un proceso gradual y sostenido de grandes transformaciones sociales, aquello que el movimiento feminista se planteó cuando tomaron conciencia de que con el derecho al voto no conseguirían eliminar la desigualdad de derechos.

Estos cambios, que en el caso de Cuba, no son el resultado directo de luchas feministas, sino que formaron parte del proyecto Social de la Revolución cubana, llegan a estas mujeres cuando son adultas, están casadas y tienen hijos, es decir, cuando han realizado la parte fundamental del proyecto personal de vida que podían construirse las mujeres en una cultura eminentemente patriarcal.

Sin embargo, reconocen que estos cambios podían favorecer a sus hijas. ¿Lo consiguieron ellas?

LAS MADRES, (HIJAS DE LAS ABUELAS) NACIDAS EN LOS 50

Las orientaciones sobre la moral eran rigurosas y en esencia transmitían el temor a todo lo que rodeaba a la mujer, de ahí la distancia y poca comunicación que ella establece con los otros.

El temor a lo que le rodea va configurando una imagen de cómo se debe ser para evitar el «*peligro externo*», así el ser callada y reservada va constituyéndose en una cualidad que caracteriza a la mujer desde la adolescencia.

Ya los padres no consideran que el matrimonio es «*para toda la vida*» y mucho menos que resulta la única posibilidad de proyecto personal de vida para sus hijas y así se lo transmiten. Esto evidencia una ruptura con las imágenes que portaba la generación anterior y resulta consecuencia de las transformaciones que en el orden educativo disfrutó la población cubana, lo que contribuyó a la ampliación de su reflexión en torno al lugar de la mujer en la vida social y a una mirada ligeramente diferente en esa dirección.

Las inquietudes sexuales en estas mujeres fueron canalizadas a través de coetáneas y de revistas con artículos científicos. Esto es posible por el desarrollo educacional que van alcanzando y la posibilidad de acceder a esos materiales.

Son protagonistas de una búsqueda de información fuera de la familia, donde el tema continúa siendo tabú; pero una búsqueda activa, por sí misma, no dependiente del futuro esposo, lo que significa una ruptura con las abuelas.

Se sigue considerando la virginidad un requisito para el matrimonio, son adolescentes en los inicios de los 60. El matrimonio aunque no es el único proyecto personal de vida, sigue siendo un objetivo importante para las mujeres, de ahí que se casen jóvenes.

La división sexual de los juegos ya no es tan estricta, si ellos se desarrollan en el espacio doméstico; sin embargo la orientación hacia los juegos propios de cada sexo se mantiene y se refleja en la subjetividad de las mujeres de manera más o menos explícita. Una de ellas expresa: *«Yo siempre fui muy femenina para los juegos, prefería jugar a las casitas sobre todo».*

La escuela, en la enseñanza media comienza con estas mujeres a transgredir lo tradicional. Las niñas comienzan a aprender tareas tradicionalmente masculinas como la carpintería, la albañilería y la mecánica; no obstante, a los varones no les enseñaron actividades tradicionalmente femeninas como coser y cocinar.

Esto pudiera estar en la base de los cambios que en el nivel subjetivo se operan en la mujer, al ampliar el espectro de actividades que consideran pueden realizar, pero que no se acompañan de cambios en igual magnitud en la subjetividad del hombre y la propia mujer sigue considerando que algunas tareas son propias de ellas y no de ellos.

Para esta generación la realización personal a través del desarrollo profesional, no es un objetivo en la mayor parte de las mujeres estudiadas. Se refieren a las habilidades para el desempeño de tareas domésticas cuando se les pregunta acerca de sus capacidades para la vida social y aquellas que estudiaron más se refieren también a habilidades técnicas y profesionales.

Es la generación que protagoniza la ruptura con el modelo tradicional de mujer, desde el contexto de los cambios sociales que se operan y la demanda de su participación como sujeto de esos cambios. Unas lo logran otras no y ello ha dependido de con que fuerza se expresó la cultura patriarcal en sus respectivas familias.

Como expresión del tránsito que se produce en las identidades de esta generación de mujeres, se constata que hay diferencias en la Representación Social que tienen del matrimonio. Mientras para unas lo esencial tiene que ver con las relaciones entre ambos, la tolerancia, comprensión y afecto que aporten a esa relación, para otras, lo más significativo está en el desempeño eficiente por parte de cada uno de los roles tradicionales.

De su madre reciben las principales orientaciones acerca de la maternidad y de esta manera se va conformando su imagen de lo que es ser madre y su significación dentro de su identidad como mujer:

«Yo crié a mis hijas..., todos los hábitos que mi mamá me enseñó se los transmití a ellas.» Ellas mismas se encargarán de continuar el proceso de transmisión de los elementos que permiten construir la maternidad como objeto cultural de gran significación social.

Alrededor de la maternidad y configurando su imagen, aparece un conjunto de cualidades que la hacen posible, una de ellas resulta básica y es el desprendimiento, es decir la capacidad de renunciar a si misma en función de los otros. A partir del momento en que esta cualidad se integra a su identidad, todas las acciones necesarias para la realización de los objetivos de su proyecto personal de vida, estarán subordinadas al cuidado y atención de los hijos.

La imagen de madre como enteramente dedicada a los hijos, la sobre exige de tiempo, lo que afecta la demanda que del mismo le hace el esposo –antes único dueño del total– es el inicio de contradicciones que devienen en conflictos no siempre fáciles de superar por lo que el divorcio resulta una alternativa a su solución y es lo que le ocurrió a muchas de estas mujeres cuando sus hijos aun no habían arribado a los dos años de edad.

Esta realidad nos hace compararlas con las abuelas y pareciera como si las madres no estuvieran preparadas para dedicarse también a los esposos, como lo hicieron las abuelas.

Esto significaría que la imagen de lo que debe ser una madre no ha cambiado para esta generación de mujeres; pero no ocurre lo mismo con la imagen de esposa, la que ha sufrido modificaciones, para dejar más espacio a su realización personal. Estamos entonces en presencia de elementos de continuidad y ruptura en la identidad femenina de esta generación.

Esta generación reconoce la influencia de padres y abuelos en lo que hoy son y en como piensan; pero le atribuyen mayor peso a su experiencia personal en el nuevo contexto socio-histórico del Proyecto social de la Revolución Cubana en el que crecieron y se desarrollaron como persona y en particular como mujer.

Ser una mujer profesional se convirtió en un objetivo importante en el proyecto personal de vida de muchas de las mujeres de mi generación y por supuesto ser profesional para acceder al mundo público y de esta manera responder a las demandas sociales de nuestros tiempos; pero además, aspirábamos a ser buenas esposas y madres siendo eficientes protagonistas de nuestra vida doméstica y esto era reforzado constantemente por la cultura: «debes saber

cocinar y lavar, «debes limpiar bien», «primero tus hijos y tu marido» «una buena madre se sacrifica por sus hijos», «una buena esposa es tolerante».

¿Cuántas veces no escuchamos estas frases dichas por nuestra madre, nuestra abuela y hasta por nuestras amigas coetáneas que ya las habían hecho suyas?

Nos debatimos entre una demanda social (lo público) y una exigencia cultural (lo privado) de modo que somos en este aspecto la generación más afectada por el cambio. Las que siguieron la exigencia cultural y renunciaron a su realización personal, no se hicieron profesionales o no han tenido una importante participación social y se sienten frustradas. Las que accedimos a la demanda social nos hicimos profesionales e irrumpimos en el mundo público, estamos cargadas de culpa porque no hemos sido «las buenas esposas» o «las buenas madres» que en forma de estereotipos nos transmitió la cultura a través de la familia y los «otros».

Somos en definitiva la generación conflictuada; aunque algunas como yo, cuando nos hemos adentrado en los Estudios de Género y hemos tomado conciencia del porqué de esta realidad, nos hemos desprendido de nuestras culpas porque somos o hemos sido «las esposas y las madres de nuevos tiempos» ni buenas, ni malas, sencillamente «otras». Tal vez representativas de un tránsito hacia un nuevo modelo que se ancle en la cultura, un modelo más justo para la mujer.

LAS HIJAS (NIETAS DE LAS ABUELAS) NACIDAS EN LOS 70

Las hijas, como la mía, nacieron en la década de los 70, cuando ya muchas de las más radicales transformaciones sociales realizadas en nuestro país, se habían consolidado. A ellas llega como algo natural el acceso amplio y gratuito a todos los niveles de educación y como en el mercado laboral, sin discriminación por condición sexual.

En Cuba, no estuvimos ajenos a la Revolución sexual de los 60 y ella tuvo su expresión en las concepciones sobre la sexualidad y las relaciones de pareja y en la conducta de las madres y padres de esta generación, lo cual impactó en diferente medida la educación que ellas recibieron.

Respetuosa, honesta y sincera, son las primeras cualidades que se reconocen y admiten, eran fuertemente exigidas por sus familias. Ya no el recato y la sumisión, «respete para que la respeten», le dicen los padres y se aprecia una relación de igualdad con los otros en la orientación familiar, no hay temor a lo externo. Es la primera evidencia de ruptura en este grupo de mujeres, en comparación con sus madres.

La familia resulta aún más cercana para esta generación cuando de hablar de sexualidad se trata; sin embargo, dista de ser lo necesario, de ahí que como sus madres acuden a literatura especializada para evacuar sus inquietudes. El elemento diferenciador en este caso, es que las madres son las que en muchos casos recomiendan o facilitan el libro apropiado. La sexualidad es por tanto, un área en la que se aprecian cambios sostenidos y en franca evolución desde la generación de las madres.

Las diferencias genéricas que portan estas mujeres son construidas desde la familia como primer grupo humano al cual se integran, así podemos apreciar una diferenciación sexual en la actividad lúdica, tanto espacial como en contenido. Sigue siendo la casa el espacio de las niñas y la calle el de los niños. Son las casitas, las muñecas y la escuela los juegos de las niñas y los escondidos, las pistolas y la pelota, el de los niños.

Estas mujeres, reconocen su preferencia por juegos de varones como las pistolas y la pelota, porque resultan más activos; pero no podían realizarlos por la desaprobación familiar.

Resulta interesante que esta generación de mujeres no ha recibido de parte de su familia la responsabilidad para la realización de tareas domésticas en la casa, sobre todo para que ocupen el máximo de tiempo en su superación educacional. No obstante, tanto las recomendaciones del padre como la figura de la madre como modelo, hacen que interioricen estas actividades como importantes, aunque algunas no las asuman como exclusivas de su sexo y otras, se acerquen a ellas de manera espontánea.

Aunque para ellas la relación de pareja es importante, el matrimonio no aparece bien delimitado como proyecto personal de vida. Se concibe como una unión basada sobre todo en la relación afectiva y la comprensión mutua, elementos necesarios para su éxito.

No se asocia el matrimonio a la realización de tareas domésticas por parte de la mujer, sino compartidas, como obligación de ambos, al igual que la función educadora de los hijos, tradicionalmente adjudicada a la mujer.

La maternidad para estas mujeres ya no es el centro de su identidad femenina como lo es para sus madres, no refieren inquietudes al respecto y no se sienten preparadas para asumirlas. Prefieren postergar este acontecimiento en función de su desarrollo profesional, lo que viene a confirmar lo anterior.

La realización profesional ocupa un lugar más central en el proyecto personal de vida de las hijas, que en el de las madres.

No se refieren necesidades que puedan encontrar su satisfacción en la maternidad, por lo que ésta no constituye un objetivo importante en la actualidad. Este es desde mi punto de vista uno de los elementos más importante de ruptura de la identidad femenina que se da en esta generación en comparación con sus madres.

Estas jóvenes consideran que lo que son es parte del resultado de la influencia de sus familias y en parte resultado del contexto en el que se desarrollaron. Tienen un alto nivel de satisfacción con lo alcanzado; pero por su edades tienen muchos objetivos por alcanzar, incluidos coherentemente en sus proyectos personales de vida; saben lo que quieren y cómo lograrlo y estos objetivos se encuentran más en las esferas educacional y profesional que en los roles de madre y esposa.

Lo anterior apunta a que las identidades femeninas de esta generación están sufriendo una importante ruptura en comparación con las generaciones anteriores, aunque se observan todavía, elementos de continuidad.

Coexisten junto a lo que se transmite por la familia en la educación de las hijas, lo nuevo incorporado en el proceso de cambio social en el que se ha participado, con lo tradicional transmitido, reforzado y controlado por la cultura, que no se modifica al mismo ritmo de los cambios objetivos.

Estamos, desde mi punto de vista, en presencia de una generación que comienza a ser portadora de los cambios subjetivos derivados de las transformaciones objetivas que han beneficiado a la mujer; pero que aún no puede desprenderse de lo que constituye una de las mayores barreras percibidas para su autorealización plena como ser humano: el rol protagónico en la vida doméstica.

Las demandas planteadas a la mujer cubana por el nuevo proyecto social que se construye a partir del triunfo de la Revolución en 1959, coexisten con las tradicionales, dejando esta contradicción su impronta en la subjetividad femenina.

LAS NIÑAS Y ADOLESCENTES DE INICIOS DE LOS 90

Los años 90 se inician en Cuba, acompañados de una profunda crisis económica, resultado de la caída del campo socialista al cual el país tenía integrada su economía y al recrudecimiento del bloqueo que el gobierno de Estados Unidos impuso a la isla desde 1960. Expresión de ese recrudecimiento son la Ley Helms Burton y la Torrichely.

Lo anterior se expresó en una contracción severa de la economía cubana que afectó profundamente la vida cotidiana de las personas y en particular la de la mujer, principal responsable de la vida doméstica en las familias.

Esta situación económica que caracterizó la realidad cubana de los 90 trajo aparejado la aparición o el incremento de algunos males sociales como la prostitución, la violencia en sus múltiples manifestaciones y la actividad delictiva en sentido general.

Aunque en la segunda mitad de los 90 se aprecian indicadores de reanimación económica, ello no significa que se puedan satisfacer las necesidades de la población en los niveles requeridos y deseados.

A esta década y en este contexto social arribaron con 10 años o menos, las jóvenes de las que ahora hablaremos. ¿Qué ha ocurrido en sus identidades de género? La respuesta a esta pregunta es lo que buscamos.

Para lo anterior comencé una investigación en la que me apoyé de tres estudiantes de la misma edad de las que pretendía estudiar* y con su ayuda elaboramos una guía para realizar una entrevista semiestructurada a 45 jóvenes nacidas entre 1979 y 1983 y que por esta razón eran adolescentes o niñas cuando se produce el derrumbe del campo socialista, se recrudece el bloqueo contra Cuba y la economía cubana cae en picada.

Como resultado del estudio realizado encontramos en estas jóvenes una tendencia a reconocer en las mujeres cubanas características no tradicionalmente femeninas, lo cual es coherente con el contexto social y las exigencias que le llegan de él. sin embargo, la mitad de ellas se refieren también a cualidades tradicionales y una tercera parte solo les reconoce estas últimas.

Estamos observando un proceso de cambio en el que coexiste lo tradicional con lo moderno en cuanto a cualidades reconocidas como propias y/o posibles en las mujeres y esto a su vez se relaciona con las tareas que reconocen pueden realizar, siendo las primeras las que se llevan a cabo en el ámbito público, y que tienen que ver con el ejercicio de profesiones; también señalan las posibilidades de desempeñarse en todas aquellas para las cuales se hayan capacitado no dependiendo de su condición de sexo.

* Ver Aluicio, A, Montero, Y y Marti, M. (2002). Identidades cubanas de nuestra generación. Ponencia presentada a la jornada científica estudiantil de la Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Hay un grupo de jóvenes que refieren en segundo lugar que las tareas que pueden realizar son tanto las ya mencionadas como las propias del rol de ama de casa, expresando la relación que se da entre ambas en la vida cotidiana y que ellas conocen, no desde su protagonismo, pero sí desde las experiencias de las propias madres en sus casas.

Le sigue un número que se refiere a las tareas vinculadas con el rol de madre y la atención y cuidado de los hijos. Casi no se refieren tareas vinculadas al rol de esposa.

Evidentemente se van configurando representaciones del ser mujer donde los contenidos más fuertes tienen que ver con roles no tradicionalmente femeninos; pero se mantienen los relacionados con el rol de ama de casa y después el de madre como expresión de la realidad de las cubanas que han alcanzado una amplia participación social a partir de los cambios jurídicos y políticos que se han producido; sin embargo, no han logrado transformar en igual medida el ámbito privado.

Elas reconocen un importante papel protagónico a las cubanas en nuestra sociedad actual, pero acompañado de dos importantes problemas:

- Las contradicciones derivadas de la vida cotidiana actual, sobre todo por el peso que en ella tiene la gestión de la mujer.
- La contradicción con el hombre, derivada de los elementos de la cultura patriarcal que sobreviven en nuestra sociedad y que imponen a la mujer la necesidad de superarse y de demostrar que puede hacer lo mismo que el hombre si se prepara para ello, lo que implica un mayor esfuerzo en todo lo que hace. Las jóvenes siguen percibiendo que el éxito personal se asocia a la figura masculina, no obstante aspiran a él y sienten que están en condiciones de conseguirlo.

Esta generación, a pesar de caracterizarlas el tránsito en los contenidos de su identidad y de tener conciencia de las dificultades y contradicciones a las que se enfrentan las mujeres sólo por su condición de género, se reconocen en capacidad de lograr las cosas que se propongan en su vida, a partir de identificar la racionalidad de las mismas.

Lo anterior apunta desde mi punto de vista hacia el desarrollo de una alta autoestima que las hace sujetos de sus propias transformaciones.

Perciben a sus contemporáneas como portadoras de un alto sentido de libertad, de fuerza para enfrentar los problemas, de capacidad para trabajar, las consideran creativas, voluntariosas y alegres. Esta percepción que pasa por la subjetividad de cada una de ellas es el resultado de sus experiencias personales

y de las mujeres con las que se han relacionado en el contexto socioeconómico de la Cuba de los 90 donde la vida cotidiana se endureció y aunque muestra índices de recuperación, no alcanzan los niveles deseados, ni necesarios.

En otros trabajos he apuntado* que aunque la crisis económica no es reconocida como portadora de aspectos positivos para la vida de las mujeres, el hecho de que se reconozcan en ellas el desarrollo de estas cualidades o su puesta a prueba durante este período, indica la permanencia de los cambios subjetivos que se han operado en las mujeres y que no podemos hablar como tendencia de subjetividades desestructuradas.

Durante la niñez de cada una, jugaron a juegos tradicionalmente femeninos con otras niñas en el espacio doméstico, en tiempos en los que las mujeres ya tenían un rol protagónico en la vida social del país. Mientras tanto en la escuela esta realidad cambia, juegan también con varones y la actividad lúdica es otra, más activa, menos tradicional, empiezan juegos de roles de diferentes profesiones, competencias de habilidades y conocimientos, entre otras.

Este hecho es coherente con la identidad en tránsito, es decir, la integración de contenidos tradicionales con modernos en las mujeres estudiadas.

La información sobre sexualidad es un aspecto de la vida de esta generación en el que se aprecia cambios. A diferencia de las nacidas en los 70, cuyos padres les facilitaban la literatura especializada para que se informaran sobre el tema, a ellas son sus padres directamente y en primer lugar quienes les informan, especialmente la madre; en segundo lugar intercambian sobre el tema con los amigos y en tercer lugar se acercan a la lectura. Resulta interesante que la información que le brinda la escuela a partir de las diferentes asignaturas es reconocida también como fuente de la que se nutren.

Como tendencia, los padres les han hablado sobre el matrimonio; no ya como único proyecto personal de vida, ni como objetivo para el cual deben desarrollar habilidades para el manejo del hogar; sino como espacio de responsabilidad y exigencia al cual deben acercarse con madurez cuando hayan vencido etapas importantes de la vida, léase, se hayan preparado profesionalmente.

El mensaje de independencia económica como esencial para las mujeres y que transmiten los padres a las nacidas en los 70 se mantiene con fuerza para esta generación.

* Ver Vasallo, N. (1998) Reestructuración económica y cambio social, su impacto en la mujer cubana. En Las mujeres del Caribe en el umbral del 2000. Madrid: Ed. Dirección General de la Mujer.

¿Cómo ven ellas el matrimonio? Como un espacio de amor, respeto, comprensión y confianza para lo cual debe ser algo que forme parte con solidez, del proyecto futuro de ambas partes, pues se requiere de mucha madurez para salir airosos de los problemas, conflictos y diferencias que se derivan de la convivencia entre dos personas.

Lo más interesante desde mi punto de vista en este aspecto es que la mayor parte de las entrevistadas no se sienten preparadas para el matrimonio por lo que se encuentra aplazado como objetivo de sus vidas.

La casi totalidad de las jóvenes tienen como máxima aspiración en la vida, en primer lugar, ser profesional, lo que implica incorporarse al ámbito público en el ejercicio de aquello para lo que se formen.

Las dos terceras partes de ellas refieren en segundo o tercer lugar formar una pareja, lo que resulta coherente con el hecho de que constituye un objetivo aplazado para la mayoría.

Aunque esto es así, no podemos olvidar que para la generación de los 70 el matrimonio o el formar una pareja estable, competía con su formación profesional en igualdad de fuerza, es decir en primer lugar de su elección.

No cabe duda que el proceso de socialización en la familia va produciendo cambios internos, es decir en las maneras de ver el matrimonio y el lugar de la mujer en la sociedad, que va favoreciendo a través de sus orientaciones, sus normas, valores y la propia conducta de los padres, la formación de nuevos contenidos, no tradicionales, en la identidad de género de estas mujeres.

Una tercera parte refiere en cuarto o tercer lugar (en ese orden) ser madres, lo que viene ser expresión de la profundización de un proceso que ya habíamos constatado en las nacidas en los 70. La realidad de la Cuba de los 90 debe haber contribuido en alguna medida a esta profundización, pero sin dudas no al origen de este proceso. *A finales de los años sesenta la fecundidad comienza a descender de forma rápida, implicando que hoy día la mujer cubana presente niveles de fecundidad sumamente bajos, incluso desde el año 1978 no se garantiza el reemplazo poblacional. (Colectivo de autores. 1999).*

En fuerte articulación con lo anterior aparecen los planes para los próximos cinco años; la casi totalidad de las jóvenes esperan poder culminar sus estudios, graduarse o seguir capacitándose profesionalmente, según la situación de cada una al momento de ser entrevistadas, es decir, estudiante o trabajadora. Es indudable que su primer objetivo esta relacionado con ellas mismas, es decir: calificarse y superarse profesionalmente.

La mitad de las muchachas se plantean como segundo o tercer objetivo encontrar una pareja, no para convivir de manera estable, sino para enamorarse y sentirse correspondidas, lo que constituye una necesidad psicológica propia de esa edad. No aparece asociado al planteamiento de una convivencia en común, ni a compromisos adicionales al intercambio afectivo y de intereses comunes.

Reconocen que sus padres desean que ellas logren en primer lugar culminar sus estudios, que se realicen como personas y se destaquen profesionalmente, lo que apunta a que reciben de sus familias, no las orientaciones que recibían las nacidas en los 50, es decir, *que se preparen para el matrimonio, cuidar a los hijos y atender el hogar* y ya este cambio se refleja en la identidad de género de estas jóvenes.

No podemos hablar en este estudio, de que las jóvenes de los 80, como tendencia, se identifiquen con cualidades de sus abuelas o de sus madres. La que más reconocen que han tomado de las abuelas (4 jóvenes) es la sensibilidad y de las madres (7 jóvenes) la fuerza y la entereza.

Aunque no son datos a generalizar, resulta interesante que se aprecien cualidades diferentes en las abuelas y en las madres, que han recibido influencias marcadamente diferentes por los contextos socio-históricos en que se formaron los contenidos fundamentales de sus identidades de género.

Seguramente las jóvenes han visto además a sus madres comportarse con fuerza y entereza al enfrentar las dificultades de sus vidas cotidianas en la crisis económica de los 90.

Estas muchachas se sienten bien siendo mujeres, si volvieran a nacer quisieran ser mujeres nuevamente y a pesar de todo lo anterior consideran que la mayor satisfacción que produce a esa condición es la posibilidad de ser madre, que le esta vedada al hombre.

¿Cómo interpretar lo anterior? ¿Como reminiscencia del rol de ama de casa madre esposa, eje central de la identidad de género de las mujeres en la cultura patriarcal o como conciencia de que es algo que sólo nosotras podemos hacer y por tanto, símbolo de poder sobre ellos? Profundizar en la respuesta a esta interrogante nos impulsa a continuar nuestra investigación.

Referencias

- Aluicio, A, Montero, Y y Marti, M. (2002). *Identidades cubanas de nuestra generación*. Ponencia presentada a la jornada científica estudiantil de la Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Alvarez, M. y Cols. (2002). *Situación de la niñez, la adolescencia, la mujer y la familia en Cuba*. Cuba: UNICEF.
- Colectivo de autores. (1999). *Perfil Estadístico de la Mujer cubana en el umbral del siglo XXI*. Cuba: Ed. Oficina Nacional de Estadísticas.
- Fuller, N. (1997) El pensamiento feminista y los estudios sobre identidad de género masculino. *Hojas de Warmi*, 8,3.
- _____. (1998). *Identidad Genérica y Feminismo*. Sevilla, España: Ed. IAM,
- _____. (1998). *Reestructuración económica y cambio social, su impacto en la mujer cubana*. En *Las mujeres del Caribe en el umbral del 2000*. Madrid: Ed. Dirección General de la Mujer.